



La práctica del “captura y suelta” o “pesca sin muerte” cada vez está más extendida en nuestros tramos fluviales y en la legislación que los rige, pero pese a su popularización, aún sigue siendo una opción minoritaria y fuertemente contestada por sus detractores.

La filosofía de los tramos fluviales dedicados exclusivamente para la práctica del “captura y suelta” o “pesca sin muerte” no es otra sino la fundamentada en el hecho de que, al no suponer la irremediable muerte de los peces objeto de pesca, la influencia de esta modalidad de pesca sobre el mantenimiento de las poblaciones naturales es mínima. Por el contrario, en los tramos en los que la pesca es de tipo extractivo, la muerte de buena parte de los integrantes de la población afecta fuertemente al conjunto poblacional, modificando su estructura de edades, influyendo gravemente en la reproducción (pérdida de importancia relativa de los ejemplares mejor dotados a la hora de frezar, en beneficio de reproductores de primer año cuya dotación genética apenas ha sufrido la criba de la Selección Natural), etc., pudiendo llegar incluso a poner en peligro la propia supervivencia de la población.

Para que la pesca extractiva sea “sostenible”, es decir, se pueda mantener en el tiempo como modalidad de pesca aplicable a un determinado tramo fluvial sin “re poblaciones”, es necesario que exista un margen lo suficientemente amplio entre la “presión de pesca” (cupos, número de permisos diarios y extensión de la temporada que, en conjunto, suman el volumen total máximo de la extracción) y la producción natural. En los tramos que reciben sueltas periódicas de truchas de piscifactoría en cambio, por su propio carácter artificial, la presión de pesca se puede aumentar aplicando, como única precaución, un incremento proporcional de las repoblaciones.

Mortalidad post-pesca

Los más acérrimos detractores de la pesca sin muerte afirman que las truchas mueren después de ser devueltas al agua, pero los numerosos estudios existentes al respecto indican precisamente lo contrario: si se escogen adecuadamente los señuelos a utilizar en la pesca sin muerte, y se aplican unas sencillas normas de manejo de las capturas desde el momento en que muerden el anzuelo hasta que son liberadas de él, la mortalidad inducida por este tipo de pesca puede ser prácticamente nula.

Son muchos los estudios que se han ocupado de analizar los efectos del “captura y suelta” en la pesca recreativa, y por ello resulta imposible hacer referencia a todos ellos, pero se pueden destacar dos: uno americano en el que se recopilan todas las investigaciones anteriores, y otro más cercano, probablemente el único realizado en el estado español.

La revisión realizada por Taylor y White en 1992, tiene la ventaja de comparar mediante técnicas estadísticas los resultados de la totalidad de estudios de mortalidad post-pesca realizados hasta dicha fecha sobre truchas, lo que supone eliminar en gran medida las diferencias debidas a las particularidades de cada experimento, y permite basar los datos en los varios miles de individuos estudiados por diferentes investigadores a lo largo de los últimos sesenta años.

Por otra parte, Fernando Alonso realizó una serie de ensayos con trucha común en la piscifactoría “Rincón de Uña”, consistentes en capturar cincuenta truchas con cada uno de los señuelos que se eligieron para el análisis (mosca seca sin muerte, mosca ahogada con muerte y cucharilla tradicional), marcarlas individualmente para poder identificar a cada ejemplar en concreto, y hacer un seguimiento durante diez días para determinar si el porcentaje de muertes era mayor entre las pescadas con un señuelo o con otro. Con el fin de que todas las truchas del estudio estuvieran en las mismas condiciones, se marcó otro lote de 50 ejemplares que no fueron capturados con caña sino con sacadera, y se mezclaron en proporciones iguales (en un estanque se liberaron 10 truchas pescadas con mosca sin muerte, 10 capturadas con mosca con muerte, 10 atrapadas con cucharilla con muerte y 10 también marcadas pero sin haber sido pescadas con caña; y en otros cuatro estanques se distribuyeron el resto de ejemplares en igual proporción).



Numerosos estudios concluyen que la mortalidad post-pesca es casi nula.
Iñigo López

Anzuelos con o sin muerte

Los resultados fueron concluyentes. Entre las truchas “testigo” (las que fueron marcadas pero no fueron pescadas con caña) no se contabilizaron bajas en los diez días siguientes al experimento, al

igual que sucedió con las pescadas con mosca seca sin muerte (mortalidad post-pesca del 0%). Entre las pescadas a mosca ahogada con muerte se contabilizó un 2% de defunciones, y entre las capturadas con cucharilla de tres anzuelos con muerte ese porcentaje ascendió hasta el 6%.

Estos resultados se asemejan bastante a los recopilados por Taylor y White, quienes concluyeron que la utilización de anzuelos con muerte provocaba el doble de truchas muertas que los anzuelos sin muerte en el caso de los señuelos artificiales, y hasta cuatro veces más mortalidad post-pesca en caso de la pesca con cebos naturales. Cabe aclarar aquí que se entiende por anzuelos sin muerte aquellos que carecen del gancho o arponcillo que impide la trayectoria contraria a la de clavado.



La pesca sin muerte favorece la captura de grandes ejemplares.
Iñigo López

Fernando Alonso no tuvo la opción de contrastar la mortalidad provocada por los cebos naturales frente a la causada por los señuelos artificiales, pero Taylor y White observaron una gran coincidencia entre todos los estudios que analizaron a la hora de confrontar ambos tipos de pesca: aunque los porcentajes de mortalidad post-pesca podían variar de unos a otros estudios, en todos ellos se determinaba que las muertes provocadas por la pesca con cebo natural eran del orden de diez veces superiores a las causadas por la pesca con señuelos artificiales.

Otro de los factores que se estima debe influir en la mortalidad sobrevenida tras la pesca recreativa es el manejo que se haga del ejemplar capturado. Pese a la abundancia de estudios sobre el tema que nos ocupa, en pocos de ellos se ha evaluado este factor. Solamente en dos trabajos se ha diferenciado entre si las capturas se han llevado casi a la extenuación o no antes de ser extraídas del agua, pero los resultados no han sido concluyentes.

No obstante, parece lógico pensar que una rápida llegada de la captura hasta las manos del pescador, seguida de una también rápida liberación del anzuelo y devolución al agua, debe suponer mayores posibilidades de supervivencia que cansar al pez hasta que se deja traer mansamente hasta su captor, o que manipular torpemente un anzuelo, en ocasiones profunda y fuertemente clavado, durante largo tiempo fuera del agua.

Con muerte vs sin muerte

De lo anteriormente dicho podemos resumir que la pesca sin muerte debe limitarse a la utilización de señuelos artificiales (diez veces menos dañinos que los cebos naturales) y, si se quieren limitar aún más sus efectos, al uso de anzuelos sin muerte (entre dos y cuatro veces menos mortíferos que los tradicionales). También se puede concluir que los porcentajes de mortalidad no deseada son ridículos si se utilizan los señuelos adecuados (y si se trabajan las piezas con la necesaria diligencia y habilidad).

Estos datos, obtenidos de rigurosos estudios científicos, deberían bastar para acallar las voces que aseguran que todas las truchas que se pescan y se devuelven después (pesca sin muerte) mueren en pocos días, opiniones sin fundamento alguno que no son sino la expresión de un posicionamiento irracional frente a una modalidad de pesca no compartida.

Lo que está claro es que las truchas de talla legal que se pesquen con muerte tienen una probabilidad de supervivencia nula, mientras que las que se capturen sin muerte sobrevivirán en un porcentaje muy alto. Y las que se pesquen y no alcancen la talla mínima de 22 centímetros, tendrán más posibilidades de sobrevivir si en su captura se han utilizado señuelos sin muerte, que si se ha usado cebo natural y/o anzuelo con muerte.

Opción de futuro

Hoy en día siguen siendo muchos más los pescadores tradicionales que los adeptos a la pesca sin muerte, pero estos últimos han aparecido prácticamente de la nada y cada vez son más numerosos. Además, la práctica del “captura y suelta” está muy identificada con los pescadores más jóvenes, y cabe pensar que, a medida que se vaya dando la renovación natural en el colectivo de pescadores, esta modalidad de pesca irá englobando a mayor porcentaje de aficionados.

Desde el punto de vista de la gestión pesquera, teniendo en cuenta cuál es la evolución real de nuestros ecosistemas fluviales, la pesca sin muerte debe ser contemplada como una opción de futuro, quizás la única viable cuando se trate de poblaciones naturales de peces, pero eso no significa que se deban canalizar todos los esfuerzos en esa dirección. Los pescadores tradicionales también tienen derecho a practicar su afición, aunque para ello se vean restringidos a determinados tramos,



Si esta trucha hubiera sido pescada “con muerte”, ahora no estaría ahí.
Ramiro Asensio

en ocasiones sembrados con ejemplares procedentes de la cría intensiva, y no son de recibo las posturas extremas que, por fortuna esporádicamente, reclaman la desaparición radical de la pesca extractiva.

El de los pescadores es un colectivo muy diverso, con multitud de visiones y opiniones frecuentemente encontradas. En entornos como este es cuando más necesario es contar con el respeto al prójimo como elemento fundamental. Ni es admisible que te tiren piedras porque estés soltando las truchas que pescas, ni tampoco lo es que se dediquen a asustarte la pesca cuando estás a cebo. Pescadores somos todos.

Ramiro ASENSIO (Biólogo de la Federación Territorial de Pesca de Álava)

(publicado en el suplemento *Campo* de *El Periódico de Álava* el 24 de junio de 2004)

© Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento expreso del autor (info@ftpa.es)

SOBRE LA PESCA SIN MUERTE

por Iñigo López Angulo

¡Eh, si los vas a tirar, dámelos a mí, que se los doy al gato! Esto es lo que escuchamos con bastante asiduidad los que pescamos sin muerte compartiendo orilla con otros pescadores con un estilo de pesca más “tradicional”.

Salvo unos pocos convencidos, la mayoría de los pescadores sin muerte somos jóvenes. Chavales que empezamos pasando las tardes de pesca en el pantano buscando las “percas” o saliendo a pescar con nuestros mayores, madrugando lo indecible para pescar alguna de las pocas truchas que se nos ponían a tiro de caña, mas por torpeza propia que otra cosa. Con el tiempo y con el aumento de nuestra efectividad pesquera (no todo lo que uno quería), poco a poco fuimos dejando de matar nuestras capturas y disfrutando al devolverles la libertad una vez que han sido engañadas.

Los pescadores más retrógrados piensan que es una moda. Se atreven a decir que una trucha pescada y devuelta en condiciones al agua, se muere, sin más. Otros, los más aferrados a los dichos populares, que una trucha que se pincha no vuelve a morder el anzuelo. Ni lo uno, ni lo otro.

Para soltar un pez no hace falta revolcarlo por toda la orilla, ni meterle las manos en las agallas. Si se hace correctamente, apenas sujetándolo con una mano y con la otra extrayendo el anzuelo (normalmente con el arpón atenuado), sin forzar en exceso al pez y dejándolo tranquilizarse si este no para de moverse, apenas sufrirá daño alguno. Y si alguien pesca en tramos sin muerte de forma habitual, tendrá suficientes experiencias como para ratificar lo que voy a relatar ahora.

Río Ega, junio de hace varios años. Disfrutaba de una agradable mañana junto a los miembros de Salpmo, sociedad de la que soy miembro, en el coto de Campezo. Junto al tronco mochado de un aliso, se forma un pequeño remanso en la corriente. Una pequeña ondulación de la superficie, como si hubiese caído una pequeña gota de agua, delata la presencia de una pintona. La mosca vuela delicadamente hacia su objetivo. Al tocar el agua y pasar junto al pez, éste la toma y emprende una sucesión de carreras y saltos hasta que se rinde y viene a mis manos. La desanzuelo fácilmente, es un ejemplar precioso. Librea oscura, pintas grandes y separadas y ligero atigrado, por el tamaño le calculo unos 800 gramos. Tranquilamente se desliza entre mis manos y vuelve a su rincón debajo de aquél tronco.

Pasan las horas y alguna trucha más sucumbe ante mis toscas moscas. Ya por la tarde, repitiendo el recorrido, paso junto al tronco y, allí está, comiendo, como si nada hubiera pasado. Mismo lance desde el mismo sitio y con la misma mosca, a ver si hay suerte... Y la hubo. Lógicamente después de la pelea de la mañana ya no tenía apenas fuerzas y no intentó zafarse del anzuelo con saltos y cabriolas: un ligero cabeceo fue su única respuesta. La misma operación de la mañana, con más cuidado si cabe, y otra vez libre, para que pueda ser pescada otra vez y, aún mejor, para que pueda reproducirse y podamos pescar sus descendientes.

Los entendidos del tema, que no tienen por qué ser siempre pescadores, aseguran que la única forma de recuperar las poblaciones de peces objeto de pesca, sin tener que vedar los ríos, es pescar sin muerte. Una filosofía aplicable a todas las modalidades pero... ¿A todas las personas?